

HENRY JAMES

OTRA VUELTA DE TUERCA

Prólogo de
José María Guelbenzu

Epílogo
del autor

Traducción del inglés
de José Bianco

Tiempo de Clásicos **Ediciones Siruela**

La historia nos había tenido en suspenso, alrededor del fuego, pero aparte de la obvia reflexión de que era siniestra, como esencialmente debe serlo toda extraña historia contada una noche de Navidad en una vieja casa, no recuerdo que sobre ella se hiciera ningún comentario, hasta que alguien aventuró que era el único ejemplo, a su parecer, de un niño que hubiera soportado semejante prueba. Se trataba, lo digo al pasar, de una aparición en una casa tan vieja como aquella en la cual estábamos reunidos, aparición, de horrible especie, a un niño que dormía en el aposento de su madre; aterrorizado, aquél despertó a su madre, y ésta, antes de haber disipado la inquietud del niño para conseguir que durmiera nuevamente, se encontró de pronto, ella también, frente al espectáculo que lo había trastornado. Esta observación motivó en Douglas –no en seguida, pero sí un poco más tarde durante la misma noche– cierta réplica que provocó la interesante consecuencia sobre la cual llamo la atención de ustedes. Otra persona contó una historia bastante ineficaz, y yo noté que Douglas no escuchaba. Lo interpreté como un signo de que tenía algo que decirnos y de que nosotros teníamos únicamente que esperar. En realidad tuvimos que esperar dos días; pero esa

misma noche, antes de separarnos, reveló aquello que le preocupaba.

—Reconozco, en lo que atañe al fantasma de Griffin, o sea lo que fuere, que el hecho de aparecerse primeramente a un niño, y a un niño de tan pocos años, le agrega una especial característica. Pero no es el primer ejemplo de tan encantadora especie en el cual un niño se ha visto complicado. Si el niño aumenta la emoción de la historia, da otra vuelta de tuerca al efecto, ¿qué dirían ustedes de *dos* niños?

Alguien exclamó:

—Diríamos, por supuesto, que dan dos vueltas. Y queremos saber qué les ha sucedido.

Aún veo a Douglas delante del fuego. Se había puesto de pie, para volverse de espaldas a la chimenea, y frente a nosotros, con las manos en los bolsillos, miraba desde arriba a su interlocutor.

—Hasta ahora, sólo yo la conozco. Es demasiado horrible.

Muchas voces, naturalmente, se alzaron para declarar que eso daba a la historia un valor supremo. Nuestro amigo, preparando su triunfo con arte apacible, miró al auditorio y prosiguió:

—Está más allá de todo. No sé de nada en el mundo que se le aproxime.

—¿Como efecto terrorífico? —pregunté.

Pareció decirme que no era tan sencillo, que no podía encontrar los términos para calificarlo. Se pasó una mano por los ojos e hizo una pequeña mueca dolorosa.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó una mujer.

Douglas no le prestó atención. Me clavaba los ojos como si tuviera delante, en vez de a mí, aquello de que hablaba.

—Como un pavoroso conjunto de fealdad y de horror y de dolor.

—Entonces —le dije—, siéntese usted y comience la historia.

Se volvió hacia el fuego, empujó un leño con el pie, lo contempló un momento, y otra vez, volviéndose a mirarnos, afrontó nuestra expectativa:

–No puedo –contestó–. Antes tendría que enviar un recado a la ciudad.

Estas palabras motivaron una protesta unánime, acompañada de muchos reproches; después de lo cual, y siempre con su aire preocupado, Douglas explicó:

–La historia ha sido escrita. Está en un cajón cerrado con llave, de donde no ha salido desde hace años. Podría escribir a mi criado, enviándole la llave, y él me mandaría el paquete tal como lo encuentre.

A mí, en especial, parecía hacerme la proposición; hasta parecía implorar mi ayuda para que yo pusiera fin a sus vacilaciones. Había roto el hielo que dejó acumular en muchos inviernos; sin duda, había tenido razones para callar durante tanto tiempo. Los demás lamentaban la demora, pero a mí me encantaban precisamente sus escrúpulos. Lo insté a escribir con el primer correo y a entenderse con nosotros para convenir una pronta lectura; después le pregunté si era suya la experiencia en cuestión. Su respuesta no se hizo esperar.

–¡No, gracias a Dios!

–¿Y es suyo el relato? ¿Lo ha escrito usted?

–Sólo he anotado la impresión que me causó. La tengo escrita *aquí* –y se tocó el corazón–. Nunca la he perdido.

–¿Y su manuscrito, entonces?

–Está cubierto con una tinta envejecida, pálida, y con la letra más admirable –vacilaba de nuevo. Prosiguió–: Es de una mujer, de una mujer muerta hace veinticinco años. Antes de morir, me envió las páginas en cuestión.

Ahora todos escuchaban y, naturalmente, no faltó quien hiciera bromas o, a lo menos, quien sacara de esas palabras la inferencia inevitable. Douglas hizo a un lado la inferencia sin una sonrisa, pero sin demostrar la menor irritación.

–Era una persona encantadora, pero diez años mayor que yo. La institutriz de mi hermana –dijo suavemente–. Dada su posición, no he conocido nunca una mujer más agradable, era digna de cualquier cargo infinitamente superior. De esto hace mucho tiempo, y el episodio había

transcurrido muchos años antes. Por aquella época yo estudiaba en Trinity College, y al volver a casa, en el verano de mis segundas vacaciones, la encontré. Ese año me quedé mucho tiempo. Fue un año magnífico. Durante las horas en que ella estaba libre, paseábamos por el jardín y conversábamos, y al oírla conversar me llamó extraordinariamente la atención por lo inteligente y agradable. Sí, no rían ustedes: me gustaba mucho, y estoy contento, aún hoy, de pensar que yo también le gustaba. Si no le hubiera gustado, no me habría contado la historia. No se la había contado nunca a nadie. Yo estaba seguro de ello. Se veía. Ustedes comprenderán por qué cuando me hayan escuchado.

—¿Porque el asunto había sido tan alarmante?

—Usted comprenderá en seguida —repitió—. *Usted* comprenderá.

También yo lo miré.

—Ya veo. Estaba enamorada.

Entonces se echó a reír por vez primera.

—Es *usted* perspicaz. Sí, estaba enamorada. Es decir, lo había estado. Resultaba evidente... y ella no podía contar la historia sin que resultara evidente. Lo advertí... y ella comprendió que lo advertía. Pero ninguno de nosotros hizo la menor alusión... Recuerdo el tiempo y el lugar, el rincón del césped, la sombra de las grandes hayas y las largas, cálidas tardes estivales. No era un decorado trágico, y sin embargo...

Se alejó del fuego y volvió a instalarse en su sillón. Le pregunté:

—¿Recibirá el paquete el jueves por la mañana?

—No antes del segundo correo, probablemente.

—Entonces, después de la comida...

—¿...los encontraré a todos aquí? —de nuevo su mirada se detuvo en cada uno de nosotros—. ¿Nadie se marcha?

Pronunciaba estas palabras en un tono casi esperanzado.

—¡Todos nos quedaremos!

—¡Yo me quedo! ¡Yo me quedo! —exclamaban las damas

que habían anunciado su partida. La señora de Griffin, sin embargo, afirmó que necesitaba algunas aclaraciones.

–¿De quién estaba enamorada?

–La historia lo dirá –me atreví a responder.

–¡Oh, no puedo esperar la historia!

–La historia *no* lo dirá –replicó Douglas–; al menos, de una manera literal y vulgar.

–Tanto peor. Es la única manera en que yo entiendo.

Alguien preguntó:

–Pero *usted*, Douglas, ¿no llegará a decírnoslo?

Douglas se levantó bruscamente.

–Sí, mañana. Ahora es necesario que me vaya a dormir.

Buenas noches.

Tomó con rapidez su palmatoria y se fue, dejándonos levemente estupefactos. Estábamos sentados en un extremo del gran vestíbulo con altos zócalos de madera oscura: desde allí oímos sus pasos en la escalera. Entonces, la señora de Griffin habló:

–Bueno, si no sé de quién estaba ella enamorada, sé de quién estaba enamorado *él*.

–Ella era diez años mayor –observó su marido.

–*Raison de plus...* ¡a esa edad! Pero tan largo silencio es realmente encantador.

–¡Cuarenta años! –agregó Griffin.

–Y esta *explosión* final.

–La explosión –intervine– hará de la noche del jueves algo formidable.

Y todos estuvimos de acuerdo en que no había nada que pudiera interesarnos más. La historia de Griffin, aunque incompleta y como el mero prólogo de una serie, había sido contada. Cambiamos apretones de manos y «apretones de palmatorias», como alguien dijo, y nos fuimos a dormir.

Al día siguiente supe que una carta que contenía una llave había partido con el primer correo al apartamento que Douglas tenía en Londres; pero a despecho –o precisamente a causa– de la eventual publicidad de este informe, dejamos a Douglas absolutamente tranquilo hasta después

de la comida; en suma, hasta la hora que mejor convenía al género de emoción que buscábamos. Douglas, entonces, se mostró tan comunicativo como podíamos desearlo y hasta llegó a darnos la razón que tenía para ello. Lo escuchamos en el vestíbulo, junto al fuego, allí donde había despertado nuestro moderado asombro de la noche anterior. Parecía que el relato que había prometido leernos requería, para comprenderse, algunas palabras de introducción. Que me sea permitido decir claramente, a fin de no tener que volver sobre ello, que este relato –transcrito por mí con toda exactitud mucho tiempo después– es el que ustedes leerán en seguida. El pobre Douglas, antes de morir, y ya en sus últimos momentos, me entregó el manuscrito que había pedido a Londres, que llegó a sus manos tres días después y que inmediatamente comenzó a leer en la noche del cuarto día ante ese pequeño y silencioso círculo de personas en las cuales produjo un efecto prodigioso. Las damas, que a punto de marcharse habían anunciado que se quedarían, no se quedaron, ¡gracias a Dios! Tuvieron que irse, para cumplir sus compromisos anteriores, rabiando de curiosidad; curiosidad motivada –según dijeron– por los detalles con que Douglas nos había sobreexcitado ya. Pero eso influyó solamente para que su pequeño auditorio final fuera más íntimo y selecto, y Douglas lo retuvo, en torno de la chimenea, sometido a una común y apasionada emoción.

El primer detalle nos daba a entender que el manuscrito tomaba la historia después de empezada, en cierto sentido. Era necesario saber que su antigua amiga, institutriz de su hermana y la menor de varias hijas de un humilde pastor de provincia, se iniciaba en la enseñanza, a los veinte años, cuando a toda prisa decidió ir a Londres para responder personalmente al autor de un anuncio con quien había mantenido una breve correspondencia. Esta persona –así la vieron sus ojos en una vasta e imponente mansión de Harley Street donde acudió a presentarse– resultó ser un perfecto caballero, un célibe en la flor de la edad, una figura, en fin, como nunca, salvo en sueños o en una vieja nove-

la, se le hubiera podido aparecer a una ansiosa muchacha recientemente escapada de un presbiterio de Hampshire. Se puede fácilmente describirlo, ya que, por fortuna, su tipo no es de aquellos que se olvidan. Era gallardo, audaz, seductor, lleno de entusiasmo, alegría y bondad. Como puede imaginarse, la dejó asombrada por la elegancia de sus modales y de su porte, pero aquello que más la sedujo en él—y que le inspiró el valor que hubo de manifestar más tarde— fue su manera de presentarle el trabajo como un favor que ella le haría, una obligación, para él, de agradecerse siempre. Ella lo juzgó rico, pero de una loca prodigalidad. Se le aparecía con la aureola de la última moda, de la belleza física, de los trajes elegantes, de las maneras exquisitas con las mujeres. Su mansión de Londres estaba atestada de recuerdos de viaje y trofeos de caza, pero él deseaba que la futura institutriz fuera sin pérdida de tiempo a una antigua residencia familiar, situada en Essex.

Era tutor de dos niños, un varón y una mujer, hijos de su hermano menor, militar, muerto en la India. Estos niños, que caían en sus manos por la mayor de las casualidades, significaban un pesado fardo para un hombre de su situación, un hombre impaciente y sin la menor experiencia en la materia. Le habían ocasionado muchas preocupaciones, e indudablemente había dado lugar, en lo que a él respecta, a una serie de errores, pero ambos chiquillos le inspiraban inmensa piedad, y hacía por ellos todo lo que estaba en su mano hacer. En ese sentido, los había enviado a su otra residencia, ya que el campo era, indiscutiblemente, lo que más les convenía, confiándolos desde el principio al personal más cualificado que pudo encontrar —en parte, a sus propios servidores— y acudiendo él en persona, con la mayor frecuencia posible, a ver cómo estaban los niños. Lo peor de todo era que, prácticamente hablando, esos niños no tenían otro pariente que él, y a él sus negocios le absorbían todo el tiempo. Había instalado a los niños en Bly —un sitio de salubridad y seguridad innegables— y allí estaban como en su casa. Al frente de la residencia se encontraba una mu-

jer excelente, la señora Grose, antigua doncella de su madre, y con quien, sin duda alguna, simpatizaría su visitante. La señora Grose se ocupaba de la casa desde el punto de vista material; era el ama de llaves y, eventualmente, institutriz de la niña; no tenía hijos; por suerte había tomado a su sobrina un gran afecto. El personal de Bly era numeroso, pero claro está que la señorita que desempeñara funciones de institutriz tendría autoridad suprema sobre toda la servidumbre. Durante las vacaciones, parte de su trabajo consistiría en vigilar al niño, quien, a pesar de su corta edad, estaba interno en un colegio desde hacía un trimestre. Sí, era demasiado pequeño, pero ¿qué otra cosa podía hacer con él? Ya empezaban las vacaciones y el niño debía llegar de un día a otro. Al principio se había ocupado de sus pupilos una señorita que tuvieron la desgracia de perder. Esta señorita —era la persona más respetable— desempeñó admirablemente sus funciones hasta el día de su muerte, grave contratiempo que, justamente, no había dejado para el pequeño Miles otra alternativa que el colegio. Desde entonces, la señora Grose velaba lo mejor posible por los buenos modales de Flora. Además de la señora Grose, había en Bly una cocinera, una criada, una mujer que se ocupaba de la granja, un viejo pony, un viejo palafrenero y un viejo jardinero, todos ellos absolutamente respetables.

Douglas había llegado a esta altura de su relato, cuando alguien le preguntó:

—¿Y de qué murió la antigua institutriz? ¿De tanta respetabilidad?

Nuestro amigo respondió inmediatamente:

—Ya lo sabremos. No quiero anticipar nada.

—Le pido disculpas. Creía que eso era, justamente, lo que está usted haciendo.

—En el lugar de su sucesora —intervine— yo habría deseado saber si sus funciones conllevaban...

Douglas completó mi frase:

—¿Un peligro de muerte? Sí, ella quiso saberlo, y lo supo. Mañana oirán cómo lo supo. Mientras tanto, es verdad, la

situación le pareció levemente alarmante. Era joven, inexpérimentada, nerviosa: ante ella se abría una perspectiva de graves deberes que cumplir entre muy pocas personas, una soledad realmente grande. Vaciló dos días, reflexionó, pidió consejo. Pero el sueldo ofrecido superaba en mucho lo que podía esperar y, en una segunda entrevista, afrontó la situación y aceptó el cargo.

Douglas hizo una pausa que yo aproveché para lanzar esta observación, con gran regocijo del auditorio:

—Moraleja: el hermoso joven ejercía una seducción irresistible, a la cual ella sucumbió.

Douglas se levantó y, como la noche precedente, empujó un leño con el pie, volviéndonos la espalda por un momento.

—Sólo estuvo dos veces con él.

—Sí, pero en eso consiste, precisamente, la belleza de su pasión.

Al oír esto, volviöse hacia mí, sorprendiéndome un poco.

—Sí —dijo—. En eso consistía la belleza de su pasión. Otras no hubieran sucumbido. Él le declaró francamente las dificultades con que tropezaba para encontrar institutriz; a muchas candidatas, las condiciones les parecían prohibitivas; en cierta forma, estaban asustadas. Les sonaba raro, extraño sobre todo, la condición principal.

—¿Qué era?

—Que la institutriz nunca debería molestarlo, pero nunca, nunca; ni llamarlo ni quejarse ni escribirle. Debía resolver por sí misma las dificultades que se le presentaran, recibir de su apoderado el dinero necesario, encargarse de todo y dejarlo tranquilo. Ella se lo prometió, y me confesó que cuando él le retuvo la mano entre las suyas por un momento, aliviado, encantado, ya se había sentido recompensada.

—Pero ¿fue ésa toda su recompensa? —preguntó una señora.

—No lo volvió a ver nunca.

Y tal fue la última palabra pronunciada sobre el tema, pues nuestro amigo nos dejó hasta la noche siguiente, durante la cual, sentado en el mejor sillón, junto a la chimenea, abrió un delgado álbum de tapas rojas, marchitas, y cantos dorados a la moda antigua. La lectura entera tomó más de una noche, pero la misma dama aprovechó la primera ocasión para hacer esta pregunta:

—¿Qué título le ha puesto?

—No tengo ninguno.

—¡Oh, yo le he puesto un título! —dije.

Pero Douglas, sin escucharme, había empezado a leer con una articulación nítida y pura que hacía como sensible al oído la elegancia de la letra del autor.